

Los niños y la reencarnación

La pregunta es: ¿Son niños los niños?, o por el contrario, les hacemos niños, pero si no son niños, entonces, ¿qué son?. Personas como los adultos, el hecho de que desconozcan el mundo en el que han nacido, no excusa el que se les etiquete como niños. Supongamos que un accidente de laboratorio deja sin memoria a uno de los que allí se encontraba, además, produce una regresión celular que le lleva de nuevo a tener el aspecto de un niño, pongamos, de cuatro años. Pues bien, este niño si fuese encontrado y adoptado, se vería inmerso en un mundo totalmente cerrado, el mundo de los niños. Sus padres, siempre de buena fe, le hablarían como se habla a los niños, sobre todo las mujeres, con ese tono de voz aguda y esas muecas que suponen hace gracia. En efecto el niño se ríe, como también haría un adulto si alguien le hablase de ese modo. Este niño nota la diferencia de trato entre adultos y el que le dirigen a él, y para ello utilizan palabras diminutivas, terminadas en ..ito..itín, etc. De hecho, los adultos están configurando un lenguaje para él, que creen le es más propio, por la extraña asociación de que un diminutivo se asemeja a un niño.

Ya vemos que tanto la actitud de los adultos como su lenguaje, están condicionando al supuesto niño. Dentro mismo de la familia, su falta de experiencia le pone en situación receptiva, hay que aprender si se quiere ser tomado en cuenta, pero, ¿aprender qué?. A ser niño. Todo su mundo está predeterminado por la sociedad adulta, juguetes que se parecen a los originales que utilizan los adultos, ver en la televisión programas hechos a propósito para ellos, ir al colegio a aprender y como desconoce lo que conocen los adultos, se le considera niño. Todo lo que toca tiene unas formas y colores que se supone gustan a los niños, la música, las canciones para niños, la ropa para niños, la alimentación para niños. Está dentro de un ambiente tan sofocante, que no le queda más alternativa que sentirse niño. ¿Podría en un caso así, el personaje al que aludimos recordar lo que fue?.

Como vemos, la influencia de la sociedad adulta sobre los niños, es tan grande, que cualquier defecto, por su parte, se reproduce, de ahí que costumbres poco sociales e ideas equivocadas, se perpetúen. El niño absorbe su ambiente y raras veces se impone, y cuando ya es mayor e intenta pensar por su cuenta, resulta que tiene tan metido lo que ha asimilado, que lo da por bueno, o peor aún, ya no se da cuenta que su forma de reaccionar frente a la sociedad, está moldeada desde que era niño, y le es tan familiar que se le hace invisible.

La idea que tenemos de los niños, está mediatizada por una visión de lo humano, materializada, es decir, se excluye la comprensión del espíritu. Si creemos que en la persona hay algo más, aparte de lo que se ve en el espejo, llegaremos a la conclusión, que ser niño, no se corresponde con la idea general.

Si hablamos de reencarnación, la idea preconcebida sobre los niños, toma otro cariz. Para aquellos que aceptan este postulado, el niño no es más que un espíritu que se desenvuelve en la materia de un organismo que cambia constantemente. Podríamos decir que, aceptando la reencarnación, no se vinculan las modificaciones de nuestro cuerpo con nuestra esencia, de hecho, los que si lo hacen, tampoco aceptan el mundo del espíritu. Como vivimos en Occidente, la teoría de la reencarnación no está tan difundida como en Oriente, sin embargo, es conveniente que la gente sepa, que más de la mitad de la población mundial la acepta.

Los niños no son criaturas puras y bondadosas.

¿De dónde nos vino la idea de que los niños son puros?. Supongo, que de una mala interpretación de la situación que figura en los Evangelios respecto a Jesús y los niños, cuando decía: *Dejad que los niños se acerquen a mi, pues de ellos es el Reino de los Cielos*. Esto, que era pura alegoría, lo convirtieron en interpretación lineal. Después, supuestos filósofos como Leibnitz, Hume y Rousseau, incidieron en lo de Tabla Rasa. Es decir, mantener que el niño al ser creación de Dios, viene sin saber nada, por lo tanto, “según ellos” son criaturas puras. Esta manera de pensar que tenían estos filósofos, tiene incongruencias evidentes. Si un ser humano es creado de la nada por la

acción de Dios, debemos considerarlo perfecto y esto no encaja en el hecho real de que los seres humanos tengan defectos. No podemos aceptar algo semejante, pues sería considerar que la raza humana es perversa y si alguien piensa que en efecto los humanos son malignos, no podría ser en esencia, sino por propia voluntad y así aún alguien cree esto, les diría que no es posible aceptar la existencia de un Dios que se dedicase a crear seres vivos con el convencimiento de que luego se enlodarían, salvo esas raras excepciones de santos y sabios que históricamente ya conocemos. Si por el contrario aceptamos la reencarnación, veremos que todas las piezas encajan, pues, el espíritu inmortal toma un cuerpo, vive su experiencia y como no ha tenido tiempo suficiente, vuelve a encarnar otra y otra vez, las necesarias hasta llegar a descubrir el sentido de la vida, de la suya propia y salir entonces como Liberado de la rueda de reencarnaciones.

Expongo todo esto para que el lector vea que aunque no se acepte la reencarnación, el concepto que se tiene de los niños resulta absurdo, tal y como he explicado.

Es una característica de la infancia hacer daño a los animales, no es que sepan realmente lo que están haciendo, pero lo hacen y eso, no puede ser pureza. De otro lado, cualquier maestro sabe lo crueles que son los niños con otros que tienen algún defecto, como ser gordos, miopes, sordos, etc. Los motes se crean en esas épocas, también se forman bandas donde pequeños mafiosos son capaces de inferir daños físicos y psicológicos a otros niños que no pertenezcan al clan. Ya sea por la necesidad que tiene el niño, como por su entorno familiar, si pensamos en ellos como personas, habría que aceptar que no hay nada más egoísta que ellos. Es cierto que dependen de los adultos, aunque también podemos exponer, que además de ser dependientes, explotan a sus progenitores. Ya hemos dicho que no lo hacen, (salvo casos aparte) a conciencia, pero lo hacen. El niño es lo más egocéntrico que se pueda concebir dentro de los valores humanos, todo lo refiere a sí mismo y a fuerza de pedir, termina convencido que ese tipo de ayudas, se las deben y como los padres no sepan actuar en ese momento, tendremos en la sociedad un egoísta más. Es también un hecho, que hay niños ejemplares, se les conoce desde su época de bebés. Cuando te acercas a uno

de éstos, ya sea en su cochecito o en la cuna, toman su juguete y te lo dan, mientras que otros, alargan la mano y cogen lo primero que les gusta de la persona que se les acerca.

Una visión más interna

Desde una perspectiva espiritual, es decir, desde el ángulo de visión del propio espíritu, el niño no existe, ya dijimos que esto es un concepto engañoso, debido a los cambios producidos en la fisiología humana. Si pensamos en las fases de la Luna, veremos en ello la representación de la reencarnación, hay un momento creciente, una plenitud, una época menguante y como final, la desaparición “aparente”. El símbolo de la Luna, junto a la existencia de los árboles de hoja caduca, nos están indicando la existencia de la reencarnación. También los períodos de invernación de algunos animales, que desaparecen de la vista tragados por la tierra y vuelven a aparecer de nuevo desde la tierra.

El espíritu al encarnar, necesita de un tiempo para hacerse con el cuerpo, luego, ir aprendiendo todo lo que se da en su entorno. Quien no pueda ver más allá de las formas, le costará trabajo entender que esa cara de niño, ha sido una cara de viejo o anciano, de joven y de maduro, muchas, muchas veces. La dificultad de aceptar la reencarnación no es sólo por motivos mentales, sino egoistas, a los padres no les gusta la idea de que sus hijos no sean suyos, en el sentido de propiedad.

Les dejo a continuación una muestra de niños, a través de los cuales se puede ver, -con un poco de perspicacia-, el adulto que llevan dentro.



